

## FRANCISCO DE MIRANDA, UN HOMBRE SOLO \*

Por J. A. DE ARMAS CHITTY

Ciertas vidas, como esta de Francisco de Miranda, animadas de aliento excepcional, viajera por todos los climas, sembradoras de ideas y de ideales; de esas para las cuales el tiempo enrolla velozmente los sucesos, un día, tal vez por cansancio de la gloria, tal vez obedeciendo a un fatum, detiene su trayectoria y el ciclo vital se cumple sin haber obtenido el triunfo. Algo de destino adverso, de vocación malograda, de desgarrado signo, de estrella acorralada o herida, parecen marcar el rumbo de tales vidas al extremo de ser con ellas más agria la tragedia.

Quiero, señores, antes de proseguir, dar las gracias al señor Gobernador del Estado Miranda, quien ha tenido la gentileza de invitarme para que evoque la figura del Precursor.

Sin duda, no amaneció en su camino o no cumplió su rol la luz benévola que baja de Esquilo cuando pronuncia la palabra esperanza. Mas sí hay que pregonar a todos los vientos, que en Francisco de Miranda, de cuyo natalicio el tiempo suma hoy una hora más, aunque privase en esa vida heroica lo que le apartaba del éxito, sí llena su acción la esperanza como factor que le condujera hacia la libertad. No haber alcanzado la cima no significa que faltara nobleza en la dedicación a la idea, ni que hubo pausas en la búsqueda del objetivo ni fatigas en la persecución del ideal.

Nos hallamos en el centro de una de las más grandes tormentas políticas que dan relieve a los siglos de la Colonia. España es dueña del mundo: de Filipinas a Roma, a Flandes, y de los acantilados del Estrecho de Magallanes hasta los bosques de California y La Florida. España ha enviado, a través de los siglos XVI al XVIII, guerreros y frailes en un terco empeño imperialista de fundar pueblos y establecer religiones porque se consideraba, como eje de la Contrarreforma, responsable ante Dios. Tal grandeza estorbaba a Gran Bretaña, la cual, alegando libertad de conciencia y razón de mercado, va a disputarle a Iberia primacías. Uniones reales ponen alguna vez un tono de paz en las relaciones de los dos pueblos. Pero la verdad se encuentra en la lucha entablada para obtener dominio económico, España se equivoca al impedir el comercio de sus colonias

---

\* Palabras de J. A. de Armas Chitty en homenaje al general Francisco de Miranda, en Los Teques, el 28 de marzo de 1982.

con los luteranos porque temía el avance de las sectas que niegan la pureza del dogma católico. Sensiblemente España —ya lo hemos dicho alguna vez—, temía más a Lutero que a Raleigh y de aquí su fracaso en la contienda con Albión. Mientras su economía interna sufre tras la muerte de Felipe II, un rey extraordinario, y continúa en crisis de la casta dominante con aquellos Carlos y Felipes que aparecen en el tablado regio hasta 1759, la discusión bélica, y un día contra Inglaterra y otro día contra Francia, ya por asuntos de familia u otros motivos análogos, todos sin trascendencia. Inglaterra la combatirá utilizando a los piratas, socios de reyes y de lores, y capturará los convoyes que conducen el oro y la plata de México o del Perú. El pobre indio se quedará en su mita o en su encomienda, abandonado, desnudo y con hambre. Y aparecen como elementos de comercio, el azúcar, las pieles, el pescado, el cacao, el café, el añil. Si el inglés denuncia al hispano extractor en América del dinero que le permitía mantener guerras en Europa, éste le dirá hereje, palabra con la cual creía anonadarle. España se va quedando aislada como en un castillo medieval, y Gran Bretaña, que domina el mar, amplía su influencia en el mundo y celebra tratados cuando le son ventajosos y ocupa islas y cruces vitales para la navegación y le niega ayuda a Venezuela antes de derribar a Napoleón, y caído éste envía hombres y armas a la misma Venezuela durante la guerra de Emancipación porque hay mercados tras de los fusiles y a medida que entabla relaciones con Gran Colombia, invade poco a poco su territorio, pues ya se ha apoderado de la minúscula colonia que Holanda poseía en el Esequibo. E irá ensanchando su dominio a medida que aparezca oro en nuestra Guayana y falsificará mapas, mintiendo aquí y sonriendo allá y comprará jueces en los laudos y cuando arriba el siglo xx, como ignora lo que es moral, poco le importa que le enrosten los cargos de saqueo, pillaje y despojo.

Este es más o menos el escenario, ya para fines del siglo xviii, cuando Miranda aparece. Ya Gran Bretaña estudia la forma cómo puede apoderarse de algunas plazas fuertes de España en América con miras a fundar establecimientos que sirvan de abrigo a sus piratas. Es larga la historia de los asaltos y La Guaira, Puerto Cabello, Cartagena, Portobelo, Panamá, Buenos Aires y otras ciudades, son testigos. Más de una vez Gran Bretaña desautorizará a algunos de sus marinos. Su política es sucia: niega en público lo que aprueba en secreto.

Miranda es oficial del ejército español. Debió vencer inconvenientes por la nobleza criolla que ha pugnado con su padre por nimiedades. La influencia del Gobernador José Solano detiene un poco la intriga. Luego una Real Cédula manda a callar al cabildo caraqueño. Miranda —según Robertson— ha estudiado en la real y Pontificia Universidad de Caracas y ha alcanzado un año de derecho en un colegio mexicano. Como oficial español defiende al gobierno peninsular en Melilla, sirve luego en Madrid y también bajo las órdenes de Juan Manuel Cagigal aunque la inquisición no deje de observarle. En 1781 ya es teniente coronel y ayuda a Gálvez en la toma de Pensacola, junto con Cagigal, y seguidamente se halla al lado de éste en su expedición a las Bahamas. Con el mílite va la inquietud del enciclopedista, del hombre que todo lo anota y todo lo observa, y como hay libros prohibidos que orientan a Miranda, la inquisición le sigue juicio y triunfa en su defensa. Los historiadores que han estudiado su vida unen su suerte a la de Cagigal y tiene que defenderse de acusaciones de contrabandista. Mas parece

que le cercan intrigas, le acechan y como se ha ido formando osado, terco, valiente, todo aventuras, audacia, comprende que es poderosa la malla de maledicciones que quiere envolverle tras la cual se encuentra la inquisición, y como duda de la justicia peninsular, huye de La Habana y llega a Carolina del Norte. Le ha servido a España y le han perseguido. Ahora no tiene más norte que la libertad de su patria.

Luego recorre a Europa y desde ese momento debió pertenecer a la masonería, vehículo universal de lucha contra el gobierno peninsular. Presencia manobras militares en Prusia; viaja por Turquía, por Rusia, y conoce a Catalina II en Kiev. Esta le hace coronel del ejército ruso, le ampara, le da pasaporte y recomienda a países vecinos. Por esa época conoce a los jesuitas expulsados y le son familiares fisuras centrales de la política y del pensamiento europeo. Ha continuado su periplo y ahora es más ancho su deseo de conocer y de analizar la política, y reyes, sabios, poetas, filósofos, príncipes, han visto la figura arrogante y dominadora del primer venezolano que arrastra la simpatía de luchar y de proyectarse en nombre de la justicia.

Dijimos que Gran Bretaña aspira a ocupar algunas plazas americanas y la historia recoge muchos proyectos de invasión a Venezuela. Y el país más poderoso del mundo, temeroso de la acción francesa, analiza cómo debe canalizar su pasión imperialista. Pero hay un estorbo: Miranda, que ha sido y es su agente, pero es un agente que rechaza la invasión de su patria y aconseja a Gran Bretaña que sólo por medio de la Independencia de los pueblos americanos es como debe penetrar en el nuevo mundo. Así lo dice al ministro Pitt, quien no acepta la sugestión y Miranda sueña en América como un gran estado, el mismo sueño que agitó y encrespó el pensamiento del Libertador.

La presencia de Miranda en Francia, en la hora dura de la Revolución, la atestiguan batallas: Valmy, Maestrich, Nerwinden. Su lealtad a la República le salva de la acusación de Dumoriez, el traidor. Miranda irá dos o tres veces a la cárcel, y tal vez la muerte de Robespierre, que le perseguía como girondino, le evitar caer bajo la guillotina. Le han visto hablar mucho con Roland, con Petition, con Servan, hombres de la Gironda. Finalmente le obligan a salir de Francia, mas Bonaparte ha observado el *fuego sagrado* que anima al venezolano. Miranda no ha dejado de explicar a los hispanoamericanos su proyecto de libertar a América. Cuando Inglaterra se convence que Miranda lo que aspira es la libertad de su patria, le retira la ayuda y por eso fracasa en la expedición de 1806. Por allí irá de playa en playa, combatiente solitario contra España, solicitando de todos los gobiernos colaboración y apoyo para darle mejor contenido a su esperanza.

La última etapa es tan vertiginosa como trágica. El hombre que ha estado difundiendo las mejores ideas de libertad por espacio de más de veinte años; el hombre que ha dialogado con las figuras estelares que llenan el siglo XVIII europeo y que ha asistido, ya en el banquillo o en la barra a las tormentas verbales y con guillotina, de la Revolución Francesa; el hombre que conoce los secretos y miserias de todas las cancillerías; el primer general venezolano que nombra Francia, es, en la etapa de angustia de la primera década del siglo XIX, un hombre solo. Atrás va quedando la pugna de las Antillas y la jauría del terror en

París y los hilos invisibles de la inquisición tras de sus huellas. Ya ha dicho al marqués de Wellesley, con duras palabras, la amargura de sentirse marginado, según recoge Pérez Tenreiro. La aventura de Puerto Cabello y de La Vela queda en varios cuerpos colgantes y en una bandera que bate sus colores sobre un peñasco, tan solitario como su creador. De él huye la gente porque es girondino, que es ser como el diablo, dicen los curas realistas de Venezuela. El Obispo Hernández Milanés, que era un santo, casi fallece en su huida de Coro a Mérida, al enterarse de la presencia de Miranda en Coro. Los púlpitos le cierran el paso a la noble idea del peregrino y Miranda tiene que retornar. Le cobraban al hijo las cuentas que la nobleza caraqueña no pudo cobrar a su padre a mediados del siglo XVIII, aparte de su actuación, aunque modesta y noble, en aquella cruzada tremenda que fue la Revolución francesa.

Cuando pisa tierra venezolana, en el alba de una República que no a defender, es Simón Bolívar, quien hace posible que le acepten. En el Congreso volcará ideas que la mayoría, con pocas excepciones, no querrá entender o entenderá a medias. Es el desadaptado, el que adquirió disciplinas distintas, el que se trazó itinerarios con voluntad y fe propias; el que olvidó que para que el soldado no huya, es necesario quintarlo; era, en el fondo, un extranjero con ideas libres, nacido en la Caracas conventual y mantuana sesenta años atrás. Cómo habría deseado llenar Miranda, en aquella hora crucial de 1812, con sustancia venezolana, con calor de savia criolla, el vacío inmenso creado con tan larga ausencia. Estaba frente al destino y era hombre de buena fe. Es la única explicación que puede darse a la inexplicable capitulación de 1812: su buena fe. Su error estuvo en pensar que Domingo Monteverde no era un bandido. Ignoró que España, en los primeros tres o cuatro años de la guerra de Independencia, sólo envió a Venezuela la hez, llámese Monteverde, Boves, Yáñez o Morales. Son nombres que anudan, en los años 13 y 14, las más pesadas cadenas de crímenes que ha sufrido esta tierra. Miranda creyó pactar con caballeros porque tenía la impresión de que España era espejo de nobleza. Había olvidado que la España de Fernando VII no era España, sino una tierra donde la podredumbre bajaba del trono y de las clases altas. La verdadera España la salvó el pueblo que luchó contra Napoleón. Nuestro héroe se hallaba aturdido y jugó a buena fe, mientras Monteverde, el tahúr, sonreía bajo el halago de Casa León y del doctor Gómez, dos gariteros de pronóstico.

La tragedia de Miranda tiene muchas raíces. El choca contra la economía de los godos que no deseaban que sus esclavos fuesen a los ejércitos republicanos porque disminuían sus ingresos; choca contra el fanatismo de los curas que veían en el hombre de la Revolución francesa una figura siniestra; choca contra los pelotones de soldados bisoños que reclutó al azar y contra el terremoto, un castigo del cielo y contra el atraso que formaba muros, él, que supo tomar más de un muro combatiendo en lid abierta. Finalmente, para coronar la tragedia, un grupo de republicanos distinguidos le apresa antes de embarcarse, después de la capitulación, tanto por no poderse explicar por qué se capitula sin combatir y con un ejército a la orden, como por la indecisión en que Miranda se mantiene entre Caracas y Maracay.

Hoy, la figura del general Francisco de Miranda recorre el litoral en un barco de sueño en unión de muchos alucinados, mientras sobre llanuras, montes y valles, descansa como un sudario el tricolor que creara bajo cielos remotos y lo entrega al pueblo para que rescate el Esequibo, el jirón de Venezuela que nos arrebatara la rapaz Inglaterra.